

2

LA MEDICINA Y LAS CIENCIAS

* Ramón Córdoba Palacio

RESUMEN

El autor hace un recuento y análisis de las opiniones expresadas por diferentes pensadores que han polemizado sobre el lugar que ocupa la medicina en la clasificación de los conocimientos humanos, discusión en la cual encontramos conceptos de personalidades como Ortega y Gasset, Anzenbacher, Marañón y Laín Entralgo, que van desde la consideración de que sólo es un “arte”, *ars medica*, hasta quienes la colocan como una ciencia natural. Presenta una crítica sobre dos tendencias que pueden desviar la honesta labor del médico: el cientificismo y el “tecnificismo”.

Luego se detiene en las enseñanzas de Laín Entralgo que la define como una “antropología médica”, como el “estudio científico del hombre en cuanto sujeto que puede padecer enfermedad, en cuanto sujeto que de hecho la está padeciendo, en cuanto que puede ser técnicamente ayudado a librarse de ella, si la padece, y de llegar a padecerla, si está sano, y en cuanto que puede morir, y a veces muere, como consecuencia de haberla padecido”.

Palabras clave: Medicina, Ciencias, Antropología Médica, Cientificismo y “tecnificismo”.

SUMMARY

The author makes a recount and analysis of the opinions expressed by different thinkers that have discussed about the place that the medicine occupies in the classification of the human

* *Profesor Titular de Pediatría de la Universidad de Antioquia y de la Universidad Pontificia Bolivariana. Separatas: A.A. 56006 Medellín, Colombia S.A.*

knowledges, discussion which we find concepts about personalities as Ortega and Gasset, Anzenbacher, Marañón and Lain Entralgo, those go since the consideration that is just an "art", *ars medica*, until who say it's a natural science. He presents a critic about two tendencies that could change the honest job the physician: The scientificism and the "technificism".

Then he explains the Laín Entralgo's teachings, who defines it as a "medical anthropology", as the scientific study of the man as a subject who could suffer a disease, as a subject who in fact is suffering it, in regarding to can be technically helped to get out from it, if he suffers it, and he becomes to suffer it, if he's healthy, and in regarding that he could die, and sometimes he dies, as a consequence to have suffered it.

Key words: Medicine, Sciences, Medical Anthropology, Scientificism and "Technificism".

Empecemos por precisar el sentido de los vocablos que delimitan el tema que debemos exponer.

¿Qué es la medicina? El Diccionario de la lengua Española, de la Real Academia Española, dice: "Medicina. (Del lat. medicina). F. Ciencia y arte de precaver y curar las enfermedades del cuerpo humano" (1). El Diccionario de terminología de ciencias médicas Salvat la define como: "Arte y ciencia de conocer y tratar las enfermedades, especialmente las internas" (2). El Doctor Manuel Ribas Mundo expresa: "La Medicina es la ciencia que trata del hombre enfermo. En estos dos conceptos, ciencia y hombre enfermo, se fundamenta la Medicina y su progreso adquiere sentido" (3).

Y, ¿qué es la ciencia? Aunque es preferible hablar de ciencias más que de ciencia, indagemos por el significado de ésta. En el citado Diccionario de la Real Academia leemos: "Ciencia. (Del lat. scientia) f. Conocimiento cierto de las cosas por sus principios y causas. (2) Cuerpo de doctrina metódicamente formado y ordenado, que constituye un ramo particular del humano saber" (1).

No obstante lo amplio y adecuado de estas definiciones, si ahondamos un poco encontramos que no todos los autores comparten el mismo concepto al referirse a lo que debemos entender por "ciencia". La segunda de ellas nos permite reafirmar lo expresado antes, pues son muchos los conocimientos humanos que pueden estructurarse como "cuerpo de doctrina metódicamente formado y ordenado". Para algunos pensadores "la filosofía es una ciencia universal" (4) y debe separarse, con la teología, "de las otras ciencias, mientras que a estas últimas se las designa como ciencias particulares" (4). Las ciencias particulares se clasifican en dos grandes grupos: las ciencias reales y las ciencias formales (4). Bien, pero no siendo el proble-

ma de "la ciencia" en sí nuestro cometido, aceptemos que es preferible hoy en día hablar de "ciencias" que de "ciencia" y que sólo la filosofía "considera la realidad experimental (y sus respectivas parcelas) no bajo un aspecto determinado ni en el sentido de un determinado método sino de forma total. Se pregunta por las condiciones de posibilidad de la realidad experimental en conjunto. En este sentido la filosofía es una ciencia universal y no particular" (4).

Volvamos a la definición de medicina. No podemos aceptar la circunscripción que hace la Real Academia Española de la Lengua el reducir su finalidad a "precaver y curar las enfermedades del cuerpo humano", pues se enseña desde Hipócrates (siglo V antes de Cristo) que es la persona humana la que enferma y no el cuerpo solo; además, los trastornos mentales y emocionales son también patrimonio del saber y del cuidado médico. En la del Doctor Ribas Mundo y en la del Diccionario de terminología de ciencias médicas Salvat, echamos de menos la no inclusión del aspecto preventivo, tan importante.

En general no se objeta y, por el contrario, se hace énfasis en que la medicina es arte. En cambio, no encontramos unanimidad en cuanto a su aspecto de "ciencia". Personalidades como el filósofo Ortega y Gasset afirman: "...la Medicina no es ciencia. Es precisamente una profesión, una actividad práctica. Como tal, significa un punto de vista distinto de la ciencia. Se propone curar o mantener la salud en la especie humana. A este fin echa mano de cuanto parezca a propósito: entra en la ciencia y toma de sus resultados cuanto considera eficaz, pero deja el resto. Deja de la ciencia sobre todo lo que es más característico: la fruición por lo problemático. Bastaría esto para diferenciar radicalmente la Medicina de la ciencia. Esta consiste en un 'prurito' de plantear problemas. Cuanto más sea esto, más puramente cum-

ple su misión. Pero la Medicina está ahí para aprontar soluciones. Si son científicas, mejor. Pero no es necesario que lo sean. Pueden proceder de una experiencia milenaria que la ciencia aún no ha explicado ni siquiera consagrado" (5). Y, con su característica vehemencia, agrega: "En los últimos cincuenta años la Medicina se ha dejado arrollar por la ciencia e, infiel a su misión, no ha sabido afirmar debidamente su punto de vista profesional. Ha cometido el pecado de toda esa época: no aceptar su destino, bizquear, querer ser lo otro - en este caso querer ser ciencia pura" (5).

Anzenbacher, también filósofo, coloca la medicina teórica como una de las ciencias naturales que, a su vez, son una de las divisiones de las ciencias reales, es decir de aquellas ciencias que "son siempre": **empíricas, temáticamente reducidas y metodológicamente abstractas**. Todas estas características las llena la medicina teórica (4).

Marañón, médico e historiador, sin proponerse directamente el tema, dice: "La Medicina tiene dos aspectos que la colocan en el rango de las actividades que exigen una vocación de superior categoría, aquella que hemos comparado con el amor, y que, por lo tanto requieren atracción intransferible hacia su objeto, espíritu de sacrificio y aptitudes específicas. Esos dos aspectos son: su práctica gratuita y entrañable en los pobres (y quizá en los que no lo son), tantas veces comparada al sacerdocio; y su estrecha alianza con la investigación científica pura. Se asemeja en lo primero, en lo que tiene, o teóricamente debe tener, de ejercicio desinteresado, a la profesión militar y a la de la abogacía. Pero supera a ambas en la casi ineludible necesidad de investigar que el médico tiene, y que es, en el abogado o en el militar, contingencia muy accidental" (6). Más adelante asiste: "Y tropezamos en seguida con el problema, ya antes planteado, que es, y seguirá

siéndolo, el esencial de nuestra ciencia. A saber: que la Medicina tiene dos partes extremadamente difíciles de separar en la práctica de su ejercicio y mucho más todavía durante la fase de la preparación universitaria: el arte de curar y la investigación... Mi posición es muy clara en este punto. Llevo muchos años, tantos como mi vida profesional ... de predicar la necesidad de que el médico no sea un simple curandero, sino que su arte se funde en sólidas bases científicas; y que, cada enfermo sea para él, además de un problema de directo e inmediato humanitarismo - la necesidad de curarle o aliviarle y consolarle -, un problema fisiopatológico, un experimento que la naturaleza nos propone ya planteado y que debemos estudiar, y a ser posible replantear, para extraer de él toda su sustancia científica. El médico, en suma, ha de acercarse al enfermo con el espíritu sacerdotal; pero, a la vez, con el espíritu del naturalista" (6). En su libro "Vocación y ética y otros ensayos", Marañón repetidamente habla de la "ciencia médica" y la califica: "... la Medicina es una ciencia inexacta... La Medicina es, como profesión, excelsa; pero, como ciencia, humildísima. Y hay que aceptar esta humildad en gracia a aquella excelsitud" (6).

Laín Entralgo, médico, historiador y filósofo, al analizar el "saber médico", entre otras cosas expresa: "... aún entendida como un saber, ésta, la medicina, en modo alguno es equiparable al saber del que sabe química o sabe física; con otras palabras, que en el rigor de los términos no es el médico un genuino saber científico. El saber científico **sensu stricto** es un 'puro saber', un 'saber por saber'; es un saber para curar, y sólo en el acto de curar -o de intentar curar- se constituye y actualiza. El médico no es médico por conservar en su memoria lo que acerca de la enfermedad dicen los libros de patología, o acerca de su tratamiento los de terapéutica, sino en tanto que diagnostica y trata a un

a un enfermo de carne y hueso" (7). Se pregunta si será una ciencia aplicada y se responde: "Esto es lo que suele pensarse ... El saber médico, ¿consistirá también en la recta aplicación de una serie de saberes científicos - anatomía, fisiología, farmacología, patología - al conocimiento y tratamiento de las enfermedades? De nuevo hay que decir: no. Entre otras cosas, porque la operación del médico sobre el enfermo comienza antes de que él aplique sus saberes, y porque su conocimiento de la enfermedad que padece la individual persona de su paciente no es y no puede ser conocimiento puro" (7). Tampoco es un "saber técnico, una técnica en el sentido que para los griegos tuvo la *tékhne*, un saber haciendo racionalmente qué se hace y por qué se hace eso que se hace: la *tékhne iátrike* de los hipocráticos" pues no es esto lo que "caracteriza plenamente al saber médico; éste, en efecto, es un 'saber haciendo' y un 'hacer sabiendo', y precisamente en ello consiste la diferencia entre el sabedor de medicina y el médico en ejercicio, el sanador *in actu exercito*" (7). Y concluye: "El saber médico, en suma, no es saber científico propiamente dicho, ni es una ciencia aplicada, ni una técnica, en el sentido originario de este término. Como dice W. Wieland, la medicina es 'ciencia operativa'. Es ciencia, en cuanto que la operación del médico -el acto médico - debe llevar dentro de sí algunos saberes puramente científicos. Es ciencia operativa, porque hasta cuando más puramente cognoscitivo parece ser el acto médico - cuando se realiza como 'juicio diagnóstico' -, tal acto modifica en bien o en mal la realidad que atañe, el estado del enfermo" (7).

Pero el planteamiento de Laín Entralgo va más allá. Después de criticar la concepción de la medicina que considera a la física y a la química como "el verdadero fundamento del saber médico" y de negarlo rotundamente,

afirma: "La respuesta correcta -real y científicamente correcta- a la interrogación precedente [sobre el verdadero fundamento científico de la medicina], debe decir así: el fundamento de la patología general es y debe ser un conocimiento del hombre que comprenda y unifique metódicamente lo que acerca de la realidad de éste nos digan tanto la anatomía y la fisiología tradicionales -y con ellas, por supuesto, la biofísica y la bioquímica-, como las disciplinas que integran las llamadas 'ciencias humanas'. Por lo tanto, una antropología médica, de la cual debe ser tácita base una antropología general" (7).

Y explica: "Llamo **antropología médica** al estudio y conocimiento científico del hombre en cuanto sujeto que puede padecer enfermedad, en cuanto que de hecho la está padeciendo, en cuanto que puede ser técnicamente ayudado a librarse de ella, si la padece, y de llegar a padecerla, si está sano, y en cuanto que puede morir, y a veces muere, como consecuencia de haberla padecido. O bien, más concisamente: la antropología médica es un conocimiento científico del hombre en tanto que sujeto sano, enfermable, enfermo, sanable y mortal. Ella y sólo ella es verdadero fundamento del saber médico, aunque a veces no lo advierta el práctico de la medicina... Ahora bien: el saber propio de la antropología médica tiene a su vez otro y más profundo fundamento, la **antropología general** o conocimiento científico y filosófico del hombre en cuanto tal" (7).

Bastan las anteriores opiniones al respecto. El concepto de que la medicina es sólo arte, ha sido explotado por algunas corrientes sociológicas y médicas, no exentas de ideologías políticas, que diluyen al paciente en la sociedad hasta anularlo como persona individual y hacen de la medicina una rama de la sociología.

Nos ayudará a valorar el papel de la medicina en el desarrollo de las ciencias el recordar cómo surgió ésta. En los siglos VI y V antes de Cristo, las *tékhnais*, conocimientos técnicos, entendidos como oficios, artes manuales, etc. (8), empiezan a ser objeto de reflexión intelectual y se incorporan al acervo cultural de Grecia, gracias a personalidades como Heráclito, Anaxágoras, Demócrito (8). La naturaleza -"physis" - es interrogada, es motivo de análisis y surge la "physiología", el estudio de la "physis".

Cerca del año 500 antes de Cristo, Alcmeón de Crotona, filósofo "physiologo" y médico, establece el fundamento científico de la medicina, de la *tékhne íatrike* (8, 9), de la medicina científica o técnica, de la medicina hipocrática, que toma su nombre de Hipócrates de Cos, "su héroe epónimo" (8). "Alcmeón fue el iniciador de la medicina 'fisiológica'; Hipócrates, su verdadero fundador" (8). La enfermedad deja de ser "mancha", posesión de demonios, venganza de dioses, maleficios, etc., para constituirse en desequilibrio "de las potencias", equilibrio que era el substrato de la salud (8, 9). "Por primera vez, la *tékhne* del médico, además de ser destreza práctica, es a la vez observación metódica de la realidad, **physiología** aplicada y sistema conceptual" (8). Este concepto de la medicina fue su rompimiento definitivo con "el puro empirismo y la magia". El médico desde entonces debía saber **qué hace y por qué** hace lo que hace, es decir su quehacer tiene que resolver "con alguna precisión científica", no mítica ni mágicamente, los problemas de salud que plantea su paciente. "Un arte (*tékhne*) basado en el conocimiento científico (episteme) y un conocimiento científico ordenado al arte: tal es la quintaesencia de la actitud del médico hipocrático frente a la physis" (9).

La *tekhne íatrike*, que en la Edad Media se conoce como *ars medica*, es el primer cono-

cimiento, la primera ciencia que se separa de la filosofía como disciplina autónoma con una meta distinta y con métodos diferentes, cuya importancia aceptan Platón y Aristóteles que los toman como ejemplo en algunas de sus exposiciones. De ella, de la medicina y por el impulso de su desarrollo nacen otros conocimientos que, a su vez se convierten en autónomos y que proporcionan sus conquistas científicas a aquélla. Así aparecen históricamente: la anatomía, la fisiología moderna, la farmacología, la anatomía patológica y reciben enorme impulso, decisivo a veces, la botánica, la química, la microbiología, la parasitología, la psicología, etc. Actualmente la medicina tiene un activo intercambio con todas las ciencias y recibe de ellas su aporte y, a su vez, influye en el desarrollo de ellas.

Con las conquistas científicas el concepto mismo del papel de la ciencia o de las ciencias en el progreso del hombre ha variado fundamentalmente. De la "ciencia" escudriñadora de los fenómenos naturales para imitarlos, pasando por la creación o cuasicreación científica de elementos aún desconocidos, se llega a una dominación de la naturaleza y a un optimismo pleno de la capacidad del hombre para elaborarse su propio universo con la ayuda de la ciencia y de la técnica: "lo que hoy no es posible lo será mañana".

Ante tan significativas y deslumbrantes realizaciones que explican y solucionan casi todos los interrogantes y las preocupaciones inmediatas del hombre, algunos pensadores proclaman "la muerte de Dios" en favor del "superhombre", como lo hizo Nietzsche (1844 - 1900) y hasta la "muerte del hombre" siempre y cuando el concepto que de éste se tenía no cabía en el análisis de los postulados positivistas, materialistas. Surge así el cientificismo -cientifismo de algunos autores- que caracteriza esta corriente del pensamiento: una ciega "fe en la autoridad abso-

luta de las ciencias particulares y sobre todo de las ciencias exactas de la naturaleza” (4), basada a su vez en el empirismo, es decir, en la “concepción según la cual la única fuente de conocimiento sería la experiencia sensible” (4).

Con estos principios la ciencia llega a ocupar un sitio de privilegio, inclusive superior al del hombre que es quien la crea, invirtiéndose así el orden de los valores éticos: no es la ciencia al servicio del hombre sino que los derechos y la dignidad de éste como persona ceden, en la práctica, a los dictámenes que se ajusten a las teorías o a los éxitos de ésta. Nada importa diferente al progreso científico, nada puede oponerse a su desarrollo que se justifica por la ciencia misma. El vacío dejado por Dios y por el hombre se llena con ese nuevo ídolo: “la ciencia”, del cual no puede dudarse, al cual ni siquiera puede interrogarse sino es para atender sumisamente sus indicaciones “racionales y demostrables”.

Al lado del científicismo ha surgido el “tecnificismo” - si se nos permite el vocablo -. Ante el vertiginoso progreso de la técnica también la dignidad de la persona humana y el respeto debido a ésta se ven menguados por aquélla. Si técnicamente algo es posible, entonces puede hacerse; el éxito sirve de licencia sin ninguna otra consideración. En ambos casos el hombre pasa a un lugar secundario y la ciencia y la técnica, creadas por él para su servicio y para el progreso humano, lo convierten en “objeto”, en “cosa”, en conejillo de laboratorio.

Sobre esta elevación de la ciencia a valor absoluto es pertinente recordar el pensamiento de Max Planck (1858 - 1947). Premio Nobel de Física en 1918. Teoría de los Cuantos): “Lo absoluto constituye más bien una meta ideal que los hombres de ciencia siempre tenemos ante nosotros, sin poder jamás alcanzarla; pensamiento tal vez perturbador, al cual

debemos resignarnos. Nuestra situación es comparable a la de un alpinista caminante por un terreno desconocido, que nunca sabe si tras la cima que ve ante él, y hacia la cual penosamente se esfuerza, se alzarán otras más altas. Mas tanto para él como para nosotros sirve de consuelo el hecho de que así se asciende y se avanza, y que nada nos impide aproximarnos ilimitadamente a la meta anhelada. Perseguir siempre y configurar cada vez más precisamente esta aproximación es el empeño propio e inabdicable de cualquier ciencia...” (10).

Y en cuanto a la técnica permítasenos citar un párrafo de Laín Estralgo: “¿A dónde nos conduce la técnica? Para Heidegger, la creciente influencia de la tecnificación del mundo sobre la figura de la vida humana lleva consigo un enorme peligro: no sólo porque la técnica puede destruir -nada más obvio: la pistola mata, la corriente eléctrica electrocuta, la bomba atómica puede acabar con la vida misma -, también, y de modo más hondo y sutil, porque amenaza con la paulatina extinción de aquello que otorga a la mente su máxima dignidad: su posibilidad de penetrar cada vez más profundamente, por la doble y complementaria vía de la filosofía y el arte, en este abismo insondable que es el ser de las cosas. ‘Con el día de la técnica que no es sino la noche hecha día, un invierno sin fin nos amenaza a los hombres’ vaticina Heidegger” (11).

Muchos bienes nos han traído la ciencia y la técnica y muchos más nos traerán, muchos problemas han solucionado al género humano, pero serán destructoras si lo desplazan de su lugar primordial. “No existe ningún otro valor que justifique reducir al hombre a ‘objeto’. Ni siquiera el valor de la ciencia: ‘porque la ciencia no es el valor más alto al que todos los otros órdenes de valores - o en su mismo orden de valor, todos los valores particulares- están sometidos’. A partir de la

vocación integral del hombre hay que ponderar 'los límites morales' a la investigación y métodos médicos... El hombre es y debe ser tratado siempre como un 'fin' nunca como 'medio'. El hombre es una realidad 'absoluta' y no 'relativa'. Estos son los criterios para defender el valor moral del hombre" (12). Los campos de concentración creados por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, como Auschwitz, Buchenwald, etc., son claros ejemplos de la inversión de valores: la ciencia y la técnica antes que el hombre.

"Bienestar, poder, dignidad, libertad, materia coloquial; todo esto brinda hoy la ciencia al hombre. Lo que no le brinda es la promesa, a la postre falsa, de una acción redentora respecto de sus menesterosidades más radicales, porque el bienestar no es y no puede ser la felicidad, ni tampoco un sucedáneo de la religión, porque el saber científico ha vuelto a ser en la mente de todos un saber penúltimo. Repetiré mi fórmula: la ciencia es hoy una profesión sin duda nobilísima, pero desacralizada y penúltima.... Pero la profesión de conquistar verdades acerca mucho más que casi todas las restantes a ese fondo de la mente en que se manifiesta la índole moral de nuestras acciones y nuestros hábitos; y así acaece que el hombre de ciencia actual, muy lejos de creerse sabio-sacerdote, se siente con frecuencia en el honroso deber de denunciar la injusticia, la crueldad y la falsedad que tantas veces existen en el mundo. Surge así... un nuevo tipo de sabio: el sabio-denunciante moral", enseña Laín Entralgo (11).

REFERENCIAS

1. Real Academia Española. Diccionario de la Lengua Española. Vigésima edición. Madrid. 1984.
2. Diccionario de Terminología de Ciencias Médicas Salvat. Undécima edición. Barcelona. Salvat. 1976.
3. Ribas Mundo, Manuel. Ultimos progresos de la medicina. En: Avances del Saber. Enciclopedia Labor. Tomo X. Tercera edición. Barcelona. Labor. 1969. p. 459.
4. Anzenbacher, Arno. Introducción a la filosofía. Barcelona. Herder. 1984.
5. Ortega y Gasset, José. Misión de la Universidad. Obras completas. Tomo IV (1929 - 1933). Cuarta edición. Madrid. Revista de Occidente. 1957, p. 340.
6. Marañón, Gregorio. Vocación y ética y otros ensayos. Sexta edición. Madrid. Espasa - Calpe. 1976.
7. Laín Entralgo, Pedro. Antropología médica para clínicos. Barcelona. Salvat. 1984.
8. Laín Entralgo, Pedro. La medicina hipocrática. En: Laín Entralgo, Pedro. Director. Historia Universal de la Medicina. Tomo II. Antigüedad clásica. Barcelona. Salvat. 1972, pp. 73-117.
9. Laín Entralgo, Pedro. La medicina hipocrática. Madrid. Revista de Occidente. 1970.
10. Planck, Max. Citado por Laín Entralgo, Pedro. Ciencia, técnica y medicina. Madrid. Alianza Editorial, 1986.
11. Laín Entralgo, Pedro. Ciencia, técnica y medicina. Madrid. Alianza Editorial, 1986.
12. Vidal, Marciano y Santidrian, Pedro R. Ética personal. Las actitudes éticas. V edición. Madrid. Paulinas. 1980.